



El Progreso, un feo señor

Progress, an ugly man

Alan Hernani Herrera Peña¹

Escuela nacional de Antropología e Historia

Lic. Historia

En realización de su tesis

ahernani2002@gmail.com

Todo empezó hace no mucho tiempo en el lugar más inesperado para tu imaginación. Viajemos a ese lugar que parece escondido, un pequeño pueblo en las orillas de un gran río tan bravo que muerde las laderas de los cultivos, en medio de un gran valle. Un pueblo de pocas almas y cientos de sueños, que se caracteriza por un impetuoso deseo de levantarse con el canto del gallo y andar con el arado y la hoz como amigos de mediodía. La alfalfa y la calabaza descansan en la dulce tierra, esperando a que el campesino con su mano firme las recoja para dar en el mercadillo de los domingos. Un camino principal divide este valle donde garzas, robles y rosales conviven para dar vida al pueblo. El valle es conocido por todo el mundo por el algodón que produce, algodón que parece bajado del cielo y cortado de las nubes. La gente se distingue por la felicidad de cosechar su fina planta y vivir sin más preocupación. Cada sábado y domingo la plaza central se viste de colores y las flores perfuman el viento limpio. Esos fines de semana son de alegría y convivio de todo el pueblo, recordando que se tienen los unos a los otros. Así es el pueblo del algodón, sencillo y alegre.

Pero bueno, hoy vinimos a contar una historia y, como toda historia, empezaremos por un suceso que sorprendió a los pobladores. Un día, del cual no recuerdo la fecha exacta, apareció caminando un hombre de extraña apariencia, vestía un traje negro como el carbón y unos zapatos limpios y finos. Llevaba consigo sólo dos cosas: una sencilla sonrisa inmóvil y, colgando de su mano derecha, un maletín oscuro y bien cerrado.

¹ Alan Hernani Herrera Peña, de 20 años. Estudiante de historia, en realización de su tesis, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la Ciudad de México. Es originario de Ciudad Juárez donde desde 2019 se ha dedicado a la gestión de proyectos culturales y sociales. Es coordinador cultural en el Museo Regional del Valle de Ciudad Juárez en el ejido de San Agustín.



Todos los habitantes quedaron perplejos, pues no era común tener visitas de extranjeros. Nadie se atrevió a interrumpir su camino ni preguntar su nombre, sólo lo vieron pasar y caminar por la calle principal hasta el final del pueblo. En el extremo de la carretera detuvo su andar justo frente a un terreno solitario. Solo un niño curioso y sin temores, que todos conocían como Agustín, se atrevió a seguirlo y apresuró el paso hasta donde estaba aquel hombre para observar sus movimientos.

Con los ojos de Agustín observándolo todo, el hombre realizó la siguiente acción: puso su maletín en medio del terreno, luego lo abrió, dio unos pasos para atrás y aplaudió. En ese instante ocurría lo inimaginable: un enorme edificio salía del maletín y empezó por sí solo a tomar forma y a levantarse hacia el cielo. Agustín estaba vuelto loco, no podía creer que todo eso cupiera ahí y aún más un edificio. Cuando todo terminó de acomodarse el hombre sacudió sus manos e ingresó a ese raro lugar. El edificio, de un gris oscuro y sin ventanas, era algo nunca visto.

El niño aguardó en su escondite para ver qué otra cosa ocurría. Él estaba seguro de que nadie le iba a creer. Pasaron algunos minutos cuando de una gran puerta salieron incontables camiones grises hacia la carretera. Algo muy extraño se traía ese señor de traje negro.

Agustín decidió ir a la plaza central para describir a todos lo que había visto, sin contar con que los camiones grises ya estaban ahí subiendo a hombres y mujeres para llevarlos a tan feo lugar. Pensó que no podía ser nada malo ya que sus padres también estaban subiendo, así que se relajó y decidió darse un chapuzón en el río.

Duró toda la tarde jugando con el agua y cuando regresó a su casa ya había oscurecido. Al entrar a su hogar notó que sus padres no estaban, no le tomó mucha importancia y fue a ponerse el pijama. Cuando volvió a la sala se dio cuenta de que sus padres estaban llegando y al abrir la puerta lo primero que le sorprendió fue la ropa gris y fea que llevaban consigo. Agustín, siendo curioso, preguntó qué era lo que llevaban, sin embargo, no obtuvo respuesta y sólo los vio ir directo a la cama. Pensó que estaban muy cansados y que algo fuera de lo común estaba sucediendo.

A la mañana siguiente un ruido lo despertó y al asomarse por la venta observó al camión gris y a sus padres subiendo en él. Al parecer, volverían a ese lugar donde estaba el señor de traje negro. Agustín no dudó en levantarse y acudir a ese feo lugar para



enterarse de lo sucedido. Al llegar volteó hacia arriba y notó un letrero que decía: ‘Fábrica de algodón’. «¿Fábrica?», se preguntó Agustín. Ese extraño lugar entonces era una fábrica, ¡palabra nueva para todo el pueblo! pero «¿qué se hace en una fábrica?» se preguntaba el niño.

En un momento se abrió la puerta principal y camiones llenos de cajas salieron de la fábrica. Agustín corrió detrás de ellos y leyó que decían: ‘Algodón, producto frágil’. No era nada lógico, pues en ese valle se daba el mejor del mundo. Ahora resulta que iban a producir algodón sin la tierra, el agua o el sol que se necesita. Algo andaba muy mal y las cosas se pondrían peor.

En los siguientes días se empezó a notar que el agua del río bajó y unos tubos succionadores se la llevaban a la fábrica. Pronto las flores empezaron a morir y las mariposas y abejas no tenían polen para recoger. La fábrica aventaba fumarolas grises que ensuciaban el aire haciendo toser a todo el mundo. A los adultos se les había convertido en seres adormilados que solo llegaban a casa para dormir, ya no tenían palabras ni motivos por qué sonreír. Los campos de algodón empezaron a morir y el pueblo se mantenía en un silencio eterno. Todo estaba apagado.

Agustín, siguiendo su ánimo valiente, decidió convocar a una asamblea infantil. A pesar de ser los más jóvenes tenían que hacer algo para revivir al pueblo, que parecía marchito por la llegada de ese feo señor de traje. Antes de eso, Agustín había tenido un encuentro con ese señor; cuando jugaba a la pelota, se le acercó y le dijo que mejor se fuera a su casa, pues no estaba permitido jugar cerca de la fábrica. En ese momento pudo fijarse en la etiqueta de su traje y notó que decía ‘Agente del Progreso’ desde ahí supo cómo lo nombrarían.

Era de noche y los pájaros descansaban, esa era la hora indicada para reunirse y resolver qué harían con la fábrica. Agustín presidió la asamblea y expuso el problema del agua, el aire, los campos de cultivo y la tristeza que tenían los adultos. De ahí sentenció que el señor Progreso había llegado. Ese nombre, les explicó, lo vio en su traje negro. Después de esa afirmación, los asistentes ahora conocían al responsable de todos los problemas, todavía les quedaba un retoño de esperanza.

Ahora el asunto era definir las acciones que llevarían a cabo para correr del pueblo a tan feo señor y, después de mucho discutir, se llegó a la conclusión de que serían cuatro



cosas: descompondrían la máquina succionadora del río arrojando piedras en su interior hasta tajarla, luego sembrarían flores y algodón para devolver los colores al pueblo, después, en una noche acordada, cuando los papás estuvieran durmiendo profundamente, tomarían sus uniformes grises y los llenarían de colores brillantes y chistosos, y por último, con la pintura sobrante, irían esa noche a la fábrica y la pintarían hasta desaparecer el gris aburrido que la cubría.

Así lo realizaron y cuando amaneció todos los adultos se percataron del colorido de sus uniformes. Una cosquilla les recorrió el cuerpo y volvieron a sentir una chispa de vida, sin embargo, pronto llegaron sus camiones y sin dudar se fueron a la fábrica. Al bajar quedaron pasmados de no ver el habitual gris, sino un mural tan radiante de colores que lo único que pudieron hacer fue lanzar carcajadas al viento. Al escuchar este relajo el Sr. Progreso salió de su oficina y espantado empezó a gritar que todos se metieran a trabajar, pero nadie le hizo caso pues empezaban a recordar lo que era vivir.

Unos instantes después se escuchó una música acercarse. Los adultos voltearon y vieron a los niños con flautas, tambores y guitarras cantando hacia ellos. Los hijos se encontraron con sus padres y empezaron a bailar y a cantar de felicidad en una fiesta donde hasta el viento se unió llevando el aroma de las flores y los árboles bailaban al son de la música. La escena aterrizó al señor Progreso, quien, al notar a todo el pueblo despierto y con esperanza, decidió huir en un camión antes de que lo vieran. Los rumores dicen que se perdió entre los valles y nunca más se supo de él.

A parte de eso el pueblo del algodón ganó mucho más. Ya no era el mismo pueblo que antes, era mucho mejor, pues comprendió que con la unión y la esperanza nadie, ni siquiera un señor “Progreso”, les podría robar sus sueños.